do, correspondiendo á la iglesia, está la primorosa puerta que llaman del Reloj, gótica también, semejante á la de los Leones, aunque de labores más arcaicas, con vetustísimas figuras, difíciles, muchas ya, de interpretar.

Algunos otros detalles que paso por alto, dada su poca importancia, complementan el exterior del templo, el cual, según se colige por lo que tan ligeramente he apuntado, tiene en sus fachadas mucho de hermoso y algo también de censurable.

Si esta secular iglesia estuviese totalmente aislada, ¡cuánto ganaría en sus proporciones, en su aspecto y su conjunto!

El gusto peculiar de los franceses para colocar sus edificios, ha hecho que Nuestra Señora de Paris se admire en toda su plenitud, sola, sin agregados de ninguna especie, para que ni el más ligero detalle se escape á la vista observadora, ni algún otro pegadizo moderno profane los muros seculares.

Sin embargo, todo queda compensado en la Catedral de Toledo, al contemplar la gran perspectiva interior, imponente y magnífica, la cual es el motivo del siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIV.

TOLEDO.

LA CATEDRAL

TT

A L día siguiente del en que llegamos á Toledo, propuse á mis compañeros visitar, en primer término, la Catedral, como el más interesante de todos los lugares de la ciudad imperial.

Así lo hicimos muy de mañana, no obstante la lucha que con la crueldad del frío de Diciembre íbamos á sostener, y con la nieve que en menudos copos caía sobre nosotros; blanqueando las tejas de las casas, colgándose caprichosamente de los faroles de las calles y convirtiendo el pavimento de éstas en sudario de blancura deslumbradora.

Abrigados hasta los ojos, y tiritando á más no poder, la emprendimos—dejando la huella de nuestros pasos en el suelo, desde el hotel en que nos alojamos hasta la Catedral—por el laberinto de callejones tortuosos y empinados; y á fe que el madrugón y la nevada (aunque no deja de ser pintoresco el espectáculo) y el frío, lo dábamos por bien empleado por el placer que en breve disfrutaríamos, admirando el exterior del

Templo Primado, y en seguida su famoso y bello recinto interior.

En efecto, al poco rato cesó de caer la nieve: las tejas de la basílica parecíannos forradas de algodón, y mejor pudimos después fijarnos en los detalles exteriores, en los cuales brevemente me ocupé ya en el capítulo anterior.

Una vez que recorrimos en su torno la gran fábrica, penetramos á ella por la puerta del Reloj.

No podré explicar lo que sentí al hallarme en aquel vasto interior.

Mi primera impresión fué de recogimiento. No sé qué de misterioso tienen los santuarios góticos, que excitan desde el momento en que se les pisa á la piedad. No sé qué de sublime y de grandioso tienen esas naves con sus haces de columnas, que á tanta altura se levantan para soportar la pesadumbre de bóvedas sin cuento.

La luz débil del sol de la mañana, que tímidamente se escurría matizándose al través de las grandes ventanas cubiertas de vidrios de colores, admirables obras de arte de los siglos XV y XVI; el conjunto lleno de inmensa majestad y de belleza exquisita, poblado de santos y de reliquias y de altares; todo, en fin, nos dejó por un momento clavados sobre el pavimento, suspensa la respiración, llenos de asombro, y como sin saber si habíamos entrado allí tan sólo para orar ó para saciar nuestra vista codiciosa, realizando en esta vez un grato deseo acariciado muchas veces.

Soy franco y no tengo empacho en manifestar mi opinión: no sé por qué más tarde me causaron menos piadoso efecto las más suntuosas iglesias de Roma, como la grande é incomparable, por su esplendor, basílica de San Pablo ó la colosal de San Pedro. En éstas me pareció que se habían prodigado bastante los mosaicos y los mármoles, resultando de ello que más se ocupe la vista en las obras de arte, que el corazón en recogerse ante el ara sagrada del altar.

El transcurso de los siglos, las luces de las lámparas y de

los cirios, el humo del incienso, dan al interior de la Catedral de Toledo un aspecto imponente y especial, del que no gozan, por cierto, muchos templos de la misma época y del propio género.

"Figuraos—ha dicho el memorable Bécquer—un bosque de gigantes palmeras de granito, que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la que se guarece y vive con la vida que le ha prestado el genio, toda una creación de seres imaginarios y reales. Figuraos un caos incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas; donde lucha y se pierde con la obscuridad del Santuario el fulgor de las lámparas. Figuraos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado á porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes."

Pasadas las primeras impresiones, mezcla de admiración y de piedad, comenzamos lentamente á caminar, como temiendo que el eco de nuestros pasos turbara el silencio del Santuario; como si nuestra presencia, allí desconocida, hiciese levantar de las tumbas de piedra el centenar de estatuas que á las huesas seculares cubren, y donde duermen el eterno sueño reyes cuya fama se pregonó gloriosa del uno al otro confín de España; cardenales ilustres por su ciencia y venerables por sus prendas personales; capitanes por su valor heroicos, y con cuyo caudal y para su fúnebre morada se labraron las suntuosas fábricas de muchas capillas de este templo.

¿Quién no conoce esas leyendas, que la majestad de tan alabada iglesia inspiró á Gustavo Bécquer, y que en brillante prosa é inimitable fantasía, produjo la pluma del bardo castellano? ¿Os acordáis, por ejemplo, de la Ajorca de oro? A medida que avanzábamos bajo las altas bóvedas, yo creía ver,

como en aquella leyenda se relata, mil y mil fantasmas atestando las naves; los reyes de hinojos sobre sus tumbas; los arzobispos de mármol oficiando en presencia de sus inmóviles soberanos; las estatuas mirándonos con sus ojos sin pupila, y en el altar, y en los ámbitos todos, confundiéndose y rodeándose entre sí, compactos grupos de santos, monjas, ángeles, guerreros, damas, pajes, cenobitas y villanos sin cuento.....

¡Cuánto, en verdad, se presta para la fantasía la vista del Templo Primado de España! Y ¡cuánto, también para discurrir acerca de su riqueza artística!

Tiene cinco naves amplias: una central y dos á cada lado de ésta, en el sentido longitudinal. Además, é independientemente de éstas, en dos naves cerradas se distribuye la serie de capillas, cada una de ellas importantísima por lo que atesora y guarda.

Sobre el pavimento de mármol blanco y gris ajedrezado, álzanse aisladas cuarenta y ocho columnas, encargadas de sostener la techumbre gótica del templo.

Primeramente, el observador tiende á fijarse en los primorosos detalles que exteriormente exornan á la capilla mayor y al coro, que, á la usanza de las catedrales de España, están colocados en la nave central, como en el Templo Metropolitano de México. Sin embargo, la vista puede, sin fatiga, descubrir todos los ámbitos del Santuario toledano, en razón de la baja altura de los muros del coro y de la capilla.

Desde luego nos dirigiremos á ésta, que se halla absolutamente separada del coro, no habiendo crujía; de suerte que en torno de ambos puede darse la vuelta cabal.

La capilla, obra sucesiva de los siglos XIV al XVIII, es un verdadero museo de estilos, en donde se ven combinados desde el gótico florido del primer siglo citado, hasta el barroco del último. Es interesante, pues, la capilla, desde el punto de vista artístico, y asimismo desde el religioso, tanto por celebrarse en ella las más grandes ceremonias de la Iglesia, cuanto por encerrar las tumbas de reyes y de insignes prelados metropolitanos de España.

Débese el ensanche de su fábrica al egregio Cardenal Cisneros, bajo el gobierno de los Reyes Católicos.

El exterior de la capilla es nna notable obra del arte ojival: ciérranla tres muros y una espléndida reja que da su frente á la del coro. Siento no disponer de espacio, por no permitírmelo la índole de estos artículos, para detenerme en algunos detalles y en hacer breves consideraciones acerca de esta suntuosa y magnifica obra. ¡Qué riqueza, qué soberbia profusión en labrados de estatuas de santos, de doctores, de prelados y ángeles, en cuyas figuras de mármol se ha hecho gala de movimientos en las ropas, y de detalles anatómicos, constituyendo aquello una verdadera maravilla! ¡Cuánto se presta el gótico para obtener grandísimo efecto hasta en sus partes más pequeñas! Tres cuerpos esenciales forman el exterior de que hablo: el primero descansa sobre rico basamento, componiéndose de un orden de columnas reunidas por ojivas, dando al todo la apariencia de un orden de ventanas, coronadas por un friso, en cuya longitud campea una serie de escudos de armas. Sobre ésta asiéntase el segundo cuerpo, en donde se destacan bajo afiligranadas ojivas, estatuas del tamaño natural; formando el último cuerpo un caprichoso coronamiento rematado por ángeles y pináculos. Desgraciadamente los lienzos de pared se hallan interrumpidos por puertas de distinto estilo, que destruyen la armonía y desvirtúan el conjunto general.

La primorosa reja de bronce sería motivo de no pocas líneas: mucho se asemeja á la de nuestra Catedral de México, y quien conozca ésta, juzgará de la belleza de la primera. A ambos lados de la reja se ven dos púlpitos de bronce, que se hicieron con el metal arrancado á la primitiva tumba de Don Álvaro de Luna, que en vida se mandó hacer el poderoso valido de Don Juan II.

El interior del recinto en que me ocupo, merecería más

detención por lo complexo de su conjunto. Mas para no alargar demasiado estas líneas, brevemente y extractando mis apuntes, cuatro palabras podré decir.

Descúbrese en el fondo el altar mayor, que posee un gran retablo lleno de adornos y tallas sumamente delicados en su ejecución, hecho por artífices notables, que en concurso abierto por el Cardenal Cisneros, obtuvieron las palmas de la victoria. Todo el retablo es de madera de alerce, y tiene una multitud de figuras y de cuadros con pasajes de la vicia del Salvador y de la Virgen. El golpe de vista que presenta con sus millares de líneas que se retuercen y se alargan y se encorvan de mil maneras, es verdaderamente encantador.

A ambos lados del altar se descubren dos soberbios monumentos sepulcrales, del todo iguales, que bajo de un arco se alzan; sobre el sarcófago muéstrase tendida una figura, y completan el cuadro grandes escudos de armas convenientemente distribuídos, ángeles y adornos elegantes. El sepulcro del lado del Evangelio, guarda las cenizas de Alfonso VII, y el de la Epístola, los restos de Sancho IV el Bravo.

Además de estos seculares monumentos mandados erigir por el mismo insigne Arzobispo de Toledo Fray Francisco Jiménez de Cisneros, descúbrese en el antepresbiterio el mausoleo del gran Cardenal Don Pedro González de Mendoza, cuya memoria se mantiene viva aún en la ciudad imperial.

Es la tumba de gusto plateresco y contrasta notablemente con la pureza de líneas de otras obras que allí mismo se admiran.

Frente á este sepulcro se levanta un lienzo del muro que por esa parte cierra á la capilla y que permaneció en pie al ensancharse el recinto; y al coronamiento exórnanlo estatuas, pequeñas arcadas, en suma, todo ese laberinto de adornos primorosos que, aunque se prodiguen por el artista á manos llenas, no hacen nunca pesado, por su delicadeza y buen gusto, cualquier género de construcciones de esta especie.

Al hablar de la parte exterior de la capilla, no hice men-

ción de una famosa y ponderada obra que, para gala y ornato de la fábrica, se dispuso en el ábside de la capilla, á la cual obra se le ha dado el nombre de *Transparente*, y en la que me ocuparé en el capítulo siguiente. Curioso ejemplar es este que se contempla con admiración, por más que sea, como alguien ha dicho, una monstruosidad de mármol. Abunda en detalles y en figuras, aunque su conjunto arquitectónico no es ni homogéneo ni del mejor gusto, rigurosamente hablando.

Réstame ahora ocuparme en el coro del templo, y cuando salgamos de él, visitaremos algo no menos importante, y que ofrece un interés capitalísimo al historiador, al arqueólogo, al epigrafista, al que se consagre á los estudios heráldicos, al literato; en suma, á todo el que ame lo histórico, lo tradicional y hermoso: las capillas.